CALABAZAS en el trastero

Entierros

SACO DE HUESOS
EDICIONES

CALABAZAS en el trastero

Entierros

Calabazas en el Trastero: Entierros

Autores: José Ignacio Becerril Polo, Pedro Escudero Zumel, Francisco Jesús Franco Díaz, Juan de Dios Garduño, Juan José Hidalgo Díaz, Juan Ángel Laguna Edroso, Laura Luna, Sergio Mars, Manuel Mije, Jorge Mulero Solano, Manuel Osuna, Miguel Puente Molins y José María Tamparillas

Diseño de portada: David M. Rus
Prólogo: Juan José Castillo
Corrección de estilo: David Jasso y Juan Ángel Laguna Edroso
Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso
Saco de Huesos Ediciones
9 Chemin de la Calade, Eyriac, 07170 Lussas

Imprimido en España

Primera edición: diciembre 2008
Primera edición en Francia: junio 2018
ISBN: 978-2-490290-05-5
ISSN: 9782490290000
Dépôt légal : 06/2018

Más información y contacto: www.sacodehuesos.com
Un proyecto de la A.C. La Biblioteca Fosca: www.bibliotecafosca.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

-In memoriam-

Prólogo: La caja y los entierros verdes

Si es usted un buen aficionado a la literatura de terror, suponemos que habrá leído alguna historia sobre enterramientos. Si es usted un destacado aficionado, suponemos que conocerá *El barril de amontillado* o *El entierro prematuro* de Poe. Si es usted listo, sabrá ya de qué va esta antología.

Los entierros fueron un argumento de moda cuando la literatura gótica estaba en alza. Sin embargo, pienso que el tema ha evolucionado y ha llegado a nuestros días como leyendas urbanas o noticias insólitas. La mayoría ciertas, cuanto mayor es su excentricidad.

Tuve un amigo que siempre me preguntaba:

–Casti, ¿cómo te gustaría morir?

Yo respondía:

–No me gustaría morir.

–No seas así... En el caso de poder elegir, ¿quemado? ¿Ahogado? ¿De un tiro?

–No quiero morir –insistía yo, ceñudo–. Todas las muertes tienen que ser malas, y cuanto más lenta, peor.

Decía esto porque en mi mente revoloteaba una imagen que había visto de pequeño en un cómic, donde un tipo, enterrado vivo, arañaba el ataúd a varios metros bajo tierra. Los de tierra firme reían, brindaban, por lo que el futuro muerto se suponía víctima de algún tipo de estafa. Hay tantas formas de llegar a la caja, elucubraba mi subconsciente, que esa ilustración revelaba que, en un alto porcentaje, muchas veces nuestro final no dependía de uno mismo.

Y eso da miedo.

A tan temprana edad, conocía, gracias a mi afición por las ganas de pasarlo mal, la palabra catalepsia. La catalepsia es un estado en el cual la persona yace inmóvil, en aparente muerte y sin signos vitales, cuando en realidad se halla en un estado consciente. Y ahora viene lo peor: en gran número de casos, este fenómeno llevó a enterrar a personas que aún estaban con vida, porque no lo demostraban. ¿Quién no conoce estas historias? ¿Son antiguas? Sí. ¿Suenan a leyenda urbana hoy en día? Pienso que sí. Pero que me diga uno de ustedes có-

mo se contrae la catalepsia, si es una enfermedad genética o qué, realmente...

Sí, sí, busquen en Internet e infórmense.

Pero, ¿es fiable Internet? ¿En qué porcentaje? Ya que hoy me ha dado por los porcentajes... En la época de la súper información, el no tenerla es otro empujoncito hacia la caja. El cénit de las historias de terror no es otra cosa que el miedo a morir. El paso hacia la caja es el último que damos. La caja es el único sitio al que entramos... del que jamás salimos.

La caja.

El entierro.

La pena.

No sé por qué oigo una vocecita (¿la de usted?) que me vuelve a decir que estas historias están pasadas de moda. Que si Poe, que si el eterno Vicent Price interpretando sus historias. Películas viejas...

No nos preocupan los problemas, hasta que nos afectan.

Un tío, la televisión, la radio, nos cuenta:

Un preso se fuga en el cementerio durante el entierro de su madre.

Un hombre fue enterrado junto a su móvil, por si acaso.

En Puerto Rico hubo un caso en el cual una persona, de no muy corta edad, murió. Cuando la fueron a sepultar pasaron por un río, el féretro se mojó y la persona gritó; la escucharon y la sacaron.

Sonreímos pese a lo macabro. Porque es algo lejano. Pero si un día llaman a la puerta y nada más abrir entran dos tipos encapuchados y nos dejan medio muertos de una paliza; luego, y como a uno se le ha ido la mano, deciden llevarnos en medio de un campo para ent...

Sí, esto ocurre hoy en día. ¿A usted? Dios no lo quiera.

Las noticias sobre el tema del enterramiento han evolucionado. Sí, sí, por favor, no insista.

Véase:

Por el Método Algordanza se puede obtener un diamante de las cenizas de un ser querido. Realizado en Suiza, consiste en la obtención de

grafito de las cenizas mediante un proceso de calor y presión. Después, del grafito se obtiene diamante. Cuesta de 3.600 a 13.000 euros. Polvo eres y en diamante te convertirás.

Un cementerio en Chile ofrece a buen precio ataúdes con sensor de movimiento.

Imagina tras tu muerte ser enterrado en un bosque, en un ataúd biodegradable, sin lápidas mortuorias y junto a un río que fluye alegremente. Que tu familia pueda visitarte no en un frío y tétrico cementerio, sino en un bosque natural lleno de vida. ¿Le interesan los llamados Entierros verdes?

A mí me parece maravilloso. Siempre que haya muerto de muerte natural, claro. La mayoría de los entierros son tristes, otros peculiares; como decía, la cuestión es que usted no esté implicado. Que se lo cuenten. Que se ría por lo bajo. Que lo escuche en la tele. Que usted no esté implicado.

Y por eso, manténgase informado.

Juan José Castillo

El tratado de Michael Ranft

por Miguel Puente Molins

Era la noche de Halloween. Lo recuerdo porque nos cruzamos con tres vampiros, una momia y dos hombres lobo antes de llegar al cementerio.

La luna nos advertía con su acusadora presencia que lo pagano y lo condenado no podía desvelarse sin pagar un alto precio. Los cipreses se mecían con suavidad y nos animaban a profanar el camposanto. ¡Qué tinieblas! ¡Qué luna! Aquella noche estaba teñida de sangre. Dicen que ese color se debe a un curioso efecto de difracción. Cuando la luz reflejada por el sol atraviesa una mayor porción de la atmósfera, las partículas en suspensión absorben parte de la radiación del espectro visible. Como resultado, la luz se torna roja, sanguinolenta.

Yo creo que nos advertía de la gravedad de nuestros actos. Creo que se desangraba por nuestras almas, o simplemente se desangraba.

Yo creo. Lo creo todo, pero en aquel momento de mi vida no creía en nada. Era rabiosamente escéptico, asquerosamente arrogante.

No creía en la vida ni en la muerte, no creía en el diácono de Nebra ni en el contenido de su tratado.

No creía en las palabras que se arrastraban desde hacía más de doscientos años sobre el papel enmohecido describiendo las mayores atrocidades con minuciosidad de cirujano, narrando los hechos más depravados con académica enajenación.

Mi amigo sí que creía, lo creía todo. La motivación que lo empujaba a seguir no era otra que comprobar un hecho irrefutable. A mí me impulsaba el deseo de burlarme de su ingenua credulidad. Éramos el alfa y el omega, el yin y el yang, los polos opuestos de un mismo imán. Y como tal la antítesis nos unía permitiendo la formación del campo magnético idóneo para que sucediese lo inevitable.

–Es esta –susurró mi compañero cediéndome la pala y el dudoso honor de ser el primero en cavar–, la tumba de la bruja gitana.

La habíamos escogido debido a la naturaleza de su muerte. Lith (así se hacía llamar) se consumió vomitando sucias blasfemias contra

Dios y los hombres. El germen de su locura descansaba sobre la tumba de su hijo, muerto a golpes por su marido a los pocos segundos de haber nacido.

Dicen que se suicidó en la iglesia de Santa Catalina tres semanas después de aquel terrible suceso. Entró escupiendo graciosos coágulos espumosos mientras gorjeaba terribles y acusadores anatemas por haber permitido la muerte de su retoño.

Causa del fallecimiento: la desaconsejable ingestión de un rosario elaborado con las cuchillas de afeitar de su marido.

El motivo: un curioso misterio, una extravagancia de gitanos o un conjuro de venganza. Nadie lo sabe, como tampoco se supo nunca del paradero de su cónyuge cainita.

Un golpe seco nos desveló la presencia de un ataúd de madera. Rápidamente le dimos forma invadidos por una excitación irracional. Propia de dementes o drogadictos. Mi compañero salivaba presa del pánico mientras murmuraba para sí las oscuras palabras del tratado de Michael Ranft. Yo me secaba el sudor con la manga evitando mirarle directamente a los ojos.

–¿De verdad crees las locas afirmaciones de ese tratado? –pregunté guiado por el imperioso deseo de dejarlo todo y salir corriendo–. ¡Fue escrito en 1728, hombre! Todavía creían en vampiros, demonios y escobas voladoras.

–Fue escrito por un hombre de ciencia –respondió él, orgulloso–, que se propuso derribar aquellas supersticiones estudiando el cadáver de Plogojovitz, acusado de vampirismo. ¡Quería dar una explicación biológica al crecimiento de uñas y cabellos en los muertos! ¿Entiendes? ¡Su intención era contraria al resultado que obtuvo! Descubrió que algunos cadáveres habían devorado sus propias mortajas, su propia carne o parte del ataúd. En Rosburgo, en Salem, en la abadía de Haute-Seille, en todas partes. Sucede en todas partes. Sucedía antes y sucede ahora.

»¿Sabes a qué se debe la tradición de colocar un puñado de tierra bajo el mentón o la de introducir en la boca una moneda de plata y una piedra? ¿Sabes por qué se solía atar la mandíbula con un pañuelo?»

–La moneda era para Caronte, del resto no tengo conocimiento.

–¡Para impedir que los muertos masquen!

–Eso es una tontería.

–¿Y los innumerables casos que documentó también lo son?

–Sería catalepsia, ¿o crees que en aquella época no se daba? ¡Por favor! Hasta un niño se daría cuenta.

–Te tragarás tus burlas de una vez por todas –gimió poseído por los acontecimientos–, según el tratado ella es el espécimen más adecuado para el estudio. Ella tirará por tierra tu arrogancia. Destrozará con sus incisivos ese mundo racional e insípido que te has construido. Pero ten cuidado: los muertos no eligen sus presas al azar. Ya sea un paño deshilachado, una astilla de madera o su propio brazo, una vez centran su apetito en él, nadie puede distraer su atención: así transcurran días o incluso años, el muerto no descansará hasta tenerlo entre sus dientes.

Su mirada desorbitada y acusadora me hacía daño, como si lo normal fuese creer en semejante majadería.

–Muy bien –respondí–. Entonces solo nos queda apoyar la cabeza y escuchar.

La poca cordura que le quedaba la perdió al hacerlo. Quién me iba a decir a mí que ni siquiera él estaría preparado para descubrir que tenía razón.

Y yo, bueno, no me volví loco, pero no hay noche que cierre los ojos y no escuche aquellos jugosos chasquidos, aquellos roncos crujidos que se arrastraban hacia nosotros a través de la madera.

Los escucho con la misma nitidez, con el mismo pánico. Me aferro desesperado a la colcha y muerdo la tela suplicando su silencio. Lloro y rumio como ella, dominado por la oscuridad y el horror que produce la evidencia de lo macabro.

Escucho las palabras que susurraba mi compañero, ya completamente loco: «Los muertos comen y beben al modo de los puercos, con cierto bullicio sordo y casi murmurando y gruñendo...»

Y siempre me hago las mismas preguntas.

Un cadáver como Lith, ¿qué podría masticar? ¿La madera de su ataúd? ¿Su propia carne? ¿O tal vez su marido sufriría el efecto desgarrador de aquellos dientes podridos por toda la eternidad? No me quedé para averiguarlo.

No tuve valor para levantar la tapa del ataúd. Ni siquiera me atreví a confesarlo.

Negué haberlo escuchado, negué haber ido aquella noche al cementerio. Incluso negué conocer a aquel arisco estudiante que apareció muerto sobre una tumba vacía.

Lo negué todo.

Todavía lo sigo haciendo.

Aquel chasquido áspero y podrido no existe. Es fruto de mi imaginación. El seco chirrido de uñas muertas que rascan el suelo cada vez más cerca de mi lecho son ratas. Solo ratas correteando por mi cuarto. Dulces y simpáticas ratitas que juegan a subirse al colchón y tiran de mis sábanas.

El tacto frío sobre mi pierna desnuda no es real, sino producto del roce con mi otra pierna, dormida por falta de riego sanguíneo.

La risa muda y el aliento a carne muerta son falsos, porque los sentidos nos engañan y a veces escuchamos cosas que no están, que no viven, y por tanto no pueden ser.

El dolor de la carne desgarrada es solo mi subconsciente, que se ríe de mí, y me castiga por mi cobardía.

Muerdo las sábanas con tanta fuerza que me hago sangre, pero no me muevo ni me doy la vuelta. ¿Para qué? No pasa nada. Solo es una estúpida pesadilla.

Igual que el murmullo y los gruñidos que imitan el sonido de un cerdo hambriento.

Pero duele.

Duele como si no lo fuese.

Sobre el autor de «El tratado de Michael Ranft»:

Miguel Puente Molins (Vigo 1976) ha publicado en algunos medios: revista Punto Cultural, la antología de terror contemporáneo *Paura vol. III* (Bibliópolis, 2006), *Un portal de palabras* (Ociojoven, 2006); *El desván de los cuervos solitarios* (Círculo de Escritores Errantes, 2006), la revista Miasma número 10 (2008), *13 Leyendas urbanas* (Mandrágora, 2008), *King Kong solidario* (Scifiworld, 2008). También ha quedado finalista en el II premio de microrrelatos de terror y gore de Molins de Rei, el Premio Domingo Santos 2008 y ha ganado el III Certamen de Relato Joven organizado por la página web Ociojoven.com.

Así mismo, ha formado parte del comité seleccionador del Fabricantes de Sueños 2008, del jurado en el I Certamen El Círculo de Escritores Errantes y en el III Premio Liter.

Como proyectos futuros participará en la antología *Un portal de palabras II* que editará el Grupo AJEC y en la antología *Fabricantes de sueños 2007*, editada por la AEFCFT.